43

Rom. A

NUEVA RELACION EN DONDE SE REFIEREN LOS amorosos sucesos de dos amantes, naturales de la ciudad de Toledo : dáse cuenta, como por haber dado muerte á un caballero, se ausentò el galan de la ciudad, y sabiendolo la dama, fué en busca suya, y como vinieron á casarse.

DE DON ANTONIO ORILLANA.

En la mas bella ciudad
que calienta con reflejos
el gran padre de Faetonte,
que es la imperial de Toledo ;
en este opulento olimpo
residia un caballero
D. Antonio de Orillana,
que en lo galan y discreto
era otro segundo Odónis,
y en el valor un Pompeyo.
Este saliendo una tarde
buscando un divertimiento,
en las márgenes del Tajo
quiso elegir su paseo.
Sentado sobre una peña
oyó con tiernos lamentos
á dos mugeres llorando,
y ambsa venian huyendo
de dos hombres que lascivos
las venian persiguiendo.
A D. Antonio llegando,
dijeron ya sin aliento :
si como lo pareceís,
y lo muestra vuestro aspecto,
sois noble, en está ocasion
obrad como caballero.
Levantóse D. Antonio,
diciéndoles: caballeros,
el perseguir las mugeres
no es de generosos pechos
ni alcanzar con violencias
lo que no pueden los ruegos:
supuesto de mi se amparan,
he de cumplir lo que debo,
procurando defenderlas,
pues ya es cosa de mi empeño.
Ellos dieron por respuesta :
el poder del mundo entero
no es bastante á reservarlas
del furor de nuestro intento ;

si vos quereis defenderlas,
perderéis la vida luego.
Y respondió D. Antonio:
sois villanos, y por eso
habeis dado esta respuesta;
sabed que yo las defiendo,
y es mejor calle la boca
lo que ha de hablar el acero.
Y sacando las espadas,
los tres valientes guerreros,
cada cual quiere llevarse
el lauro de aqueste empeño.
Y el valiente D Antonio,
hecho un leon carnicero,
era cada golpe un rayo,
y á los primeros encuentros
repartió cuatro estocadas
entre los dos, y con eso
aplacaron la soberbia,
y cobraron algun miedo.
Llevóles acuchillándo,
cual trompicando y cayendo,
á las orillas del rio,
y viéndose entre dos riesgos,
del acero y los raudales,
tuvieron por mejor medio
el arrojarse á las aguas
y al uno fué de provecho,
pues se pasó al otro lado,
pero el otro compañero
vevió en vasos de cristal
la muerte: dejando el cuerpo
para pasto de los peces,
y allí pagó sus eccesos.
Volvió luego D. Antonio
á las señoras, diciendo:
ya, señoras, estais libres
de aquellos bárbaros ciegos.
Ellas le dieron corteses
muchos agradecimientos,
é inclinándose á la una,
vido un soberano objeto.
Mirábase el uno al otro
con tal cariño y afecto,
que amor previno su arco
para el tiro, y fué tan cierto,
que quedaron de su flecha
heridos los dos á un tiempo.
Dijo Orillana: señora,
que estoy cautivo os confieso,
pues no puedo resistir
los amorosos incendios
de tus ojos que me abrazan;
y pues consagro mi afecto
á tu divina hermosura,
halle en tu piedad remedio.
Ella respondió discreta:
señor mio, lo primero
quiero que sepais quien soy;
escuchadme un rato atento.
Mi nombre es doña Josefa,
y soy hija de D. Pedro
de Caycedo y Valenzuela,
Mayorazgo y Caballero,
esta señora es una ama
dueña que en casa tenemos:
salió esta tarde de casa
solamente con pretesto
de divertir cierto achaque
de un melancólico afecto;
yo por divertirme un rato,
salí en su acompañamiento,
cuando aquellos descorteses
como el ir solas nos vieron
se atrevieron á nosotras
villano cuanto groseros,
lo demás ya lo sabeis.
Esto es cuanto á lo primero
del referido fracaso:
cuanto al segundo argumento
de que estais enamorado,
para esta noche os espero
en punto de media noche,
que por la reja de un huerto
podrémos hablar despacio.
Con esto se despidieron,
quedándose D. Antonio
casi loco de contento.
Llegó en efecto la ora,
y por la reja se vieron,
y con afectos amantes
ambos á entender se dieron
lo mucho que se querian;
que amor los tenia ciegos.
Habláronse muchas noches
siempre amantes y contentos:
pero la adversa fortuna
les rodeó un contratiempo:
fué el caso de esta manera,
que en la casa de D. Pedro
dejaron depositada
á una dama de respeto,
doña Josefa Ramirez,
y D. Fernando Salcedo
era el tal amante suyo;
y amor que causa desvelos,
quisieron hablar de noche,
y aquesto lo consiguieron
por un bien corto interés,
que á una criada le dieron.
Bajó en efecto una noche
á la tal reja del huerto
Doña Josefa Ramirez
á hablar con su amado dueño,
no lo supo D Antonio;
y segun su estilo hecho,
halló la reja ocupada,
y reventando de celos,
acercóse poco á poco,
y con el mismo silencio
oyó el nombre de su dama,
y con sumo rendimiento
aquellas dulces palabras:
si me quieres, si te quiero.
Imaginó D. Antonio,
segun lo que estaba viendo
que aquella era su dama,
que tenia amores nuevos:
y se acercó hácia la reja,
por conocer al sugeto.
Quién vá, dijo D. Fernandó;
quien os quitará del puesto,
y juntamente la vida,
por el mucho atrevimiento,
Esto que oyó D. Fernando,
con valeroso denuedo
sacó la espada y rodela
tan liberal como diestro.
Embistióse el uno al otro;
dándose fuertes encuentros,
y el valiente D. Antonio
le tiró con tal acierto,
que le atravesó la espada
por la boca hasta el cerebro,
y sin que Jesus dijera,
cayó D. Fernando muerto.
Alborotóse la calle,
y D. Antonio sabiendo,
que era de partes muy gruesas,
trató quitarse de en medio,
y á otro dia se ausentó
con cuidado y con recelo.
Y sabíendo de esta ausencia
Doña Josefa Cayceda,
recogió todo su oro,
y sin temer ningun riesgo,
se fué á casa de un vecino
con recato y con secreto.
Allí estuvo algunos dias,
donde supo por muy cierto,
como estaba en Barcelona
D. Antonio, y al momento
se vistió en traje de hombre,
y amparada del silencio
salió dejando su pátria,
donde con unos arrieros
llegó en fin á Barcelona,
y con cuidado y anhelo
empezó á adquirir noticias
y supo por muy estenso
como se habia embarcado
con diferentes sugetos.
Aquí perdió la esperanza,
aquí fué su desconsuelo,
lloraba la hermosa dama
las desdichas de su dueño.
Con esta zozobra estaba
y al cabo de poco tiempo
supo que andaba su padre
buscándola con empeño
para hacer un ejemplar
que sirviera de escarmiento:
y mudándose el disfraz,
por si acaso era soñuelo,
con hábito de hermitaño,
un casquete de cabello,
y unas barbas con que hacia
un viejo muy reverendo:
se salió de Barcelona,
para escusar esté riesgo;
y llegàndo á los Alfaques,
sitio que está al mar frontero.

Col. Compte

entre unos duros peñescos
allí su mancion haciendo.
para el sustento pedía
limosna á los pasageros.
Allí estuvo siete años,
y al cabo de aqueste tiempo
estando triste una tarde
en sus desdichas leyendo,
vió que un hombre se le llega
y cortesano y modesto
le pide por Dios le ampare,
y ella compasiva al verle,
le dijo que se sentase,
y ya le daba en el pecho
el corazon sobresaltos,
queriendo reconocerlo,
y con impulsos del alma
le dijo: por Dios te ruego
me digas de tus trabajos
la causa y motivos de ellos.
Lo haré con gusto y agrado
que es justo el obedeceros:
yo me llamo D. Antonio
de Orillana, y es Toledo
la natural pátria mia:
pues mi amor y mi afecto
en una discreta dama,
hermosa como el sol mesmo
y rondándola una noche,
le dí muerte á un caballero
pensando hablaba con ella,
y luego supe por cierto,
que estaba hablando con otra
dama suya en aquel puesto.
Salí huyendo de mi patria;
y en Barcelona en efecto
me embarque y me cautivaron;
y estando en el cautiverio
con otros muchos cautivos,
fuí convocado en secreto,
y con una embarcacion
nos levantamos á un tiempo:
y navegando hácia á España
sorrió tan soberbio el viento,
bramó el mar, y en un peñasco
chocó el pobre barquichuelo,
y en pedazos dividido
todos los mas perecieron,
y en fin una tabla endeble
me pudo sacar á puerto.
No paseis mas adelante,
decidme ahora caballero,
si supieseis que esa dama
en aqueste mismo tiempo
dejó casa, hacienda y pátria,
solo por iros siguiendo,
y ahora la vierais; qué hariais
en aqueste lance puesto?
Lá amparára, pues ya era
obligacion de mi empeño.
Y te casaras con ella?
Como ella quisiera, luego.
Aun tengo mas que deciros:
yo he sabido por muy cierto
de que está aqui en Cataluña
habitando en un desierto.
Ahora se doblan mis males:
ya es mayor mi sentimiento:
á Dios, amigo, que voy
á buscarla; quiera el cielo,
que mis ojos hallen luz,
y mi corazon consuelo.
Ella haciéndole, le dijo:
á donde vais, deteneos,
que estais hablando con ella,
y él la dijo: mire el viejo
como se burla de mí!
advierta que eso es mal hecho
Dueño querido, yo soy
Doña Josefa Calcedo;
y quitándose el casquete
y las barbas, al momento
la conoció D. Antonio.
Dejo los muchos estremos
los cariños y ternezas,
y por lograr su remedio;
se fueron á Tarragona,
y al arzobispo dar luego
notícia de todo el caso,
y los desposó al momento.
á Toledo se pasaron,
las partes se compusieron,
les entregan los mayorazgos,
que habian sus padres muerto,
y se gozaron alegres:
dándole gracias al Cielo.

Barcelona : Imprenta de I. Estivill.